



**MIGUEL ALFONSO
MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA**

**LA EMPRESA
ENTRE LO PRIVADO Y LO PÚBLICO**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

44

INDICE

EMPRESA Y CREACION DE TRABAJO.

¿Existe el empresario?

Modelos teóricos y legales de la empresa.

La sociedad como empresa.

La raíz del problema.

CONCLUSION.

NOTA BIOGRAFICA

EMPRESA Y CREACION DE TRABAJO.

Tengo la impresión que ya no está tan de moda como hace unos pocos años hablar de la función social de la empresa. En parte esto es debido a la presente situación económica que no se presta a que la empresa pueda desempeñar un papel socialmente brillante, como ocurría hace relativamente poco tiempo. Pero creo que, por encima de la situación coyuntural, esto es debido a que se empieza a ver con mayor claridad los problemas que afectan a la verdadera naturaleza y función que la economía capitalista atribuye a la empresa.

Desde el siglo XVII en adelante, se ha intentado justificar el enriquecimiento de los empresarios, con el argumento de que era la manera mas eficiente de crear puestos de trabajo para todos los miembros de la sociedad, especialmente para los más pobres.

Si se admitiese, cosa sobre la que no hay unanimidad, que la primera función social de la empresa es crear y mantener puestos de trabajo para el mayor número de miembros de la sociedad, la situación actual arroja un balance bastante decepcionante.

La universalización de los mercados ha obligado a la empresa a moverse en el cada vez más estrecho margen de maniobra que va

dejando esa espiral ascendente donde la búsqueda del beneficio acelera la tecnología productiva y presiona sobre la competencia. Esta mayor dificultad para lograr beneficios ha provocado, al menos en los países más avanzados, la destrucción masiva de empleo permanente y la aparición, también masiva, del empleado eventual y mal retribuido.

Para ilustrar estas afirmaciones me parece interesante entresacar algunos datos de un serial de 6 artículos periodísticos sobre el mercado de trabajo

Norteamericano publicado por "The Wall Street Journal", a partir de Marzo del año pasado.

La durísima competencia internacional y las diferencias salariales con los países de "capitalismo emergente" ha obligado a la economía Norteamericana a una intensísima automatización e informatización de los procesos productivos, que al mismo tiempo que ha disparado la productividad de la mano de obra ha provocado una fortísima contracción laboral.

La tendencia actual es que un número de obreros progresivamente menor, y cada vez mejor pagados, producen más, más barato, y de menor calidad.

La industria papelera, por ejemplo, durante la década 1980-1990 ha aumentado su productividad en un 30% y ha reducido su personal en un 4%.

Las empresas manufactureras que en 1946 daban empleo a un total de 12 millones de trabajadores, en 1993, casi medio siglo después, producen cinco veces más con los mismos 12 millones de trabajadores que entonces.

La natural consecuencia de este aumento de productividad o encarecimiento de la mano de obra, ha sido el "encogimiento" laboral de las grandes industrias, y la muerte o desaparición de las llamadas "Big Daddy", que daban trabajo, status social, y seguridad en el empleo para toda una vida.

Las 500 empresas manufactureras más grandes han destruido casi cuatro millones de puestos de trabajo en la década 1982-1992.

En el sector servicios, que por ser el más procesal es más susceptible de aplicación de la informática, se estima que el empleo podría reducirse hasta en un 10% al final de esta década, si se mantiene el actual ritmo de destrucción de empleo.

Estimación que no deja de ser preocupante ya que hasta ahora se pensaba que los puestos destruidos en el sector manufacturero eran

más que compensados por los puestos creados en el sector servicios. No queda claro dónde se creará el puesto de trabajo que se destruye ahora en el sector servicios.

La mano de obra ha pasado a ser el único activo cuyo coste sube con la productividad. Se ha generado un estilo de "management" que "huye de la mano de obra". El criterio es que hay que evitar costes laborales, y que en cualquier caso sólo se usará el trabajo cuando se necesita. Del mismo modo que las técnicas "just in time" han buscado eliminar los costes de almacenaje de materias primas, se trata ahora de que la empresa se libere de una relación laboral permanente mediante el recurso a las empresas de empleo temporal.

Los "managers" mejor pagados son aquéllos que generan más desempleo. Las "estrellas" del momento empresarial son lo que podríamos llamar recortadores de costes, o recortadores de empleo.

Se ha creado así una distinción entre obreros productivos, con salarios crecientes y puesto de trabajo relativamente permanente, y obreros de baja productividad, bajo salario, dependientes de los primeros, y con una alta precariedad en el empleo.

Surgen así los “contratos basura”, los obreros a tiempo parcial o de “usar y tirar” y las empresas de trabajo temporal, que actúan a modo de “depósitos temporales” de mano de obra. De los 380.000 empleos generados en Febrero de 1993 el 90% eran puestos de trabajo eventuales.

La gente comienza a resignarse al hecho de que en el nuevo capitalismo los puestos de trabajo dejarán de ser permanentes.

Según el secretario federal de Trabajo al menos un 30% de los empleos existentes en 1993 eran eventuales, y que hay que despedirse de la vieja cultura de que un empleo podía ser para toda la vida.

Estamos en una nueva sociedad con mas precariedad en el empleo y más movilidad.

En 1960 el 44% de los obreros despedidos esperaban volver a ser contratados, en 1980 sólo el 15 % esperaba volver a ser admitido en el mismo lugar de trabajo. Hoy día, el puesto de trabajo que se destruye, se destruye para siempre.

En el “Bank of America”, en 1982, casi todos sus empleados trabajaban a tiempo completo, ahora sólo lo hace el 19%. Y además, 6 de cada 10 empleados trabajan menos de 20 horas a la semana, y no tienen seguros sociales.

La antigua clase media de los bancarios se ha transformado en una subclase de trabajadores pobres y precarios.

El resultado es el empobrecimiento relativo de los obreros eventuales o precarios que, buscando mantener su capacidad adquisitiva familiar, se han visto obligados a aumentar las horas anuales de trabajo, casi dos semanas más por obrero y año, y a trabajar ambos cónyuges.

Se hace así mucho mas difícil mantener una familia, provocando en muchos casos la ruptura de la convivencia matrimonial o impidiendo la formación de uniones estables.

Entre 1960 y 1980 el número de adultos, entre 25 y 35 años, viviendo con sus padres ha pasado del 6% al 12%.

Esta situación laboral evoca lo que en el siglo XVI, Tomas Moro escribía en su Utopía: “en mi país las ovejas se comen a los hombres”. Se refería de este modo al desarraigo económico, pero sobre todo comunal, al que se veían sometidos muchos campesinos como consecuencia del movimiento de las “enclosures”, o cerramiento de las tierras comunales, para dedicarlas a la lucrativa cría del ganado lanar, de cuya lana se elaboraban los famosos paños ingleses.

Si comparamos la situación laboral americana con la española puede obtenerse mucha luz sobre la compulsividad de la "autocinesis", o dinámica interna del sistema capitalista, que impone esta cuasi globalidad de la competencia de los mercados internacionales.

Las hasta hace muy poco vigentes leyes laborales de nuestro país han impedido que nuestro mercado de trabajo siguiera las pautas de lo que ha ocurrido en Norteamérica.

Intentar mantener una legislación laboral corporativista en el seno de un sistema cada vez más capitalista ha provocado una explosión de desempleo, récord entre los países avanzados, que ha conducido a la quiebra financiera del llamado "Estado de Bienestar", diseñado por los socialistas hispánicos.

La más o menos encubierta reforma del sistema laboral, no es más que la búsqueda de la "vía americana" de enfrentarse con la crisis del creciente desempleo mediante la generación de empleo precarizado.

No sé si será más o menos desairado para un gobierno socialista tener que restablecer la mercantilización de las normas laborales, pero desde la racionalidad capitalista de un gobierno que es miembro de la Unión

Europea, en realidad no quedaba otra alternativa.

Si todo marcha como el gobierno espera, lo mejor que puede suceder es que dentro de dos años tengamos problemas muy parecidos a los que ahora se enfrenta la economía americana. Es decir, no tendremos tantos problemas macroeconómicos, al menos a corto plazo, pero sí que tendremos problemas sociales y culturales muy graves.

La creciente presión y rigidez de la competitividad global ha convertido el termino "flexibilidad", o capacidad para adaptarse a las cambiantes circunstancias del mercado, en el término de moda y casi lo único que reclama la empresa.

En este entorno, la empresa busca desmaterializarse o descorporizarse, para potenciar su adaptabilidad a la capacidad de logro, es decir, su capacidad de generar dinero con menos coste, que es la imagen misma de la flexibilidad o liquidez.

La empresa, como organización humana, se debilita. Existe un núcleo cada vez más reducido de gentes que trabajan en la empresa, que luchan por mantener su productividad, y un entorno de gentes que están como de paso en la empresa: los obreros even-

tuales que, dirigidos por los obreros permanentes, colaboran durante un tiempo de su vida en el proceso productivo de la empresa.

El obrero eventual no se siente parte de la empresa, simplemente participa en un proceso que no entiende muy bien y que le trata como un activo costoso, del que conviene prescindir cuanto antes. La calidad y la fidelidad se hacen difíciles de entender y mantener.

Pero, tampoco el obrero que de momento mantiene su puesto de trabajo, está seguro en la empresa, ya que debe ser "flexible". Es decir, debe luchar por incrementar su productividad. Las famosas y muy de actualidad técnicas de "reengineering" no son más que la búsqueda de un obrero "flexible". Alguien entrenado en la actividad múltiple, capaz de simplificar y acelerar el flujo de trabajo, o la reducción de costes, que es la fuente de la riqueza.

Esta misma inseguridad hace que la motivación para aceptar el llamado "reengineering" por parte del empleado no queda muy clara. Sólo tiene éxito si se plantea como una lucha darwiniana por la subsistencia del más productivo.

Existen estimaciones de que las técnicas de "reengineering" podrían eliminar cerca de 25 millones de puestos de trabajo de un total de

casi unos 90 millones de puestos que hay en América susceptibles de ese tratamiento.

Las gentes se preguntan si se ha atascado la máquina de crear empleo. No hace todavía mucho tiempo, la creencia popular era que el aumento de la productividad era sinónimo de creación y expansión del empleo. Hoy día parece que algo empieza a cambiar.

No obstante, y no sin cierto asombro, persiste una confianza ciega, que nadie sabe justificar muy bien, en que si cada empresa se dedica a ser más productiva y rentable, un supuesto y oculto mecanismo de regulación, acabará generando los puestos de trabajo que de momento esa misma productividad esta destruyendo a ritmo creciente.

La función social de creación de empleo, que se le asignaba a la empresa, empieza a ponerse en duda; pero, entonces también peligra el objetivo fundamental de la búsqueda del beneficio, ya que como había descubierto Tocqueville, no hay nada que más indigne al pueblo que la riqueza sin justificación social.

De momento la receta es la de siempre; dejarse guiar por la competencia en la búsqueda de beneficios y confiar en que ese mismo mercado, que destruye puestos de

trabajo, acabe generando nuevos puestos de trabajo para todos.

Los que tienen mayor sensibilidad social piensan que alguien debería reentrenar a los desempleados para que puedan participar en la "carrera" productiva. Por supuesto, a nadie se le escapa que debajo de ese planteamiento se oculta una contradicción, ya que si las empresas sólo buscan a los obreros más productivos, entrenar a ser diferencialmente más productivo, sería algo parecido a rellenar un cubo sin fondo.

Parece que la única solución al desempleo es implantar una "movilidad laboral" que permita "reciclar" a los que van quedando inadaptados al nuevo entorno competitivo. En el fondo de esta actitud los parados son tratados como una especie de inevitable "contaminación laboral" generada por el proceso productivo. La solución, como en el caso de las materias primas, consiste en "reciclar".

Lo único verdaderamente estable y permanente en el capitalismo es la aceleración del "ciclo" productivo. Todo, personas y recursos naturales, deben someterse a la marcha inexorable del "ciclo" generador de riqueza.

Lo trágico es que la estabilidad de este "ciclo" depende de su aceleración, con lo que

tiende a convertirse en un vórtice arrollador, en un estado de guerra, actual o potencial, que, con la disculpa de que "crea riqueza", rompe y disloca todo. La frase de Schumpeter, una "destrucción creadora", para designar el capitalismo de comienzos de siglo, tiene el peligro de convertirse en una "creación destructora".

La moda de "reciclar" es uno de los grandes escarnios que el capitalismo hace a la ecología. La etiqueta de "reciclar" esconde la aceleración del consumo bajo la máscara del ecologismo. La vuelta a la vida circular y biológica; el desprecio a la sobriedad de lo permanente.

Es precisamente esa aceleración del consumo lo que destruye el ecosistema humano y natural. "Reciclar" es la disculpa social, lo que ahora se llama "una operación de imagen", para mantener el ciclo de incesante incremento de consumo que es la base y fundamento del capitalismo. Un ciclo que no es ni humano, ni natural, ni biológico.

La universidad, acusada desde muchos sitios de ser "una fábrica de parados" debería convertirse, según esos mismos acusadores, en la "gran recicladora" de la mano de obra.

Esta sería su función social, que además tendría la ventaja de que así el elevado coste

de mantenimiento de la masificada universidad capitalista, quedaría más que justificado por su contribución neta a la mejora de la competitividad empresarial. Así, de algún modo, los impuestos que pagan las empresas reverterían en la rentabilidad del proceso productivo.

La Universidad, de acuerdo con estos Tayloristas sociales, debería convertirse en un "lecho de Procusto" donde las gentes sean entrenadas y moldeadas por las crecientes exigencias de esa cada vez más desmesurada e inhumana competición productiva. Para ellos lo ideal sería convertir la universidad en una especie de prolongación del proceso productivo. Un lugar donde se enseña a ser "flexible", a tener un "pensamiento blando", a contribuir a la "liquidez". En otras palabras, a hacer dinero.

Un reflejo del impacto de esa mentalidad "recicladora" en la universidad se puede apreciar en la verdadera invasión que han sufrido las bibliotecas universitarias por parte de los llamados "papers", donde en la mayoría de los casos se exponen conocimientos instrumentales efímeros. Un "paper" de hace diez años es muy probable que se haya convertido en una "antigualla", pero rara en vez un clásico.

Algo parecido ocurre con el cambio de actitud social frente a las personas mayores. Los ancianos, tradicionalmente respetados como referentes de sabiduría, han pasado a ser considerados como viejos ignorantes que han quedado fuera del "proceso de adaptación", que ya no son ni "reciclables". Desde este punto de vista, la eutanasia no deja de ganar en racionalidad funcional.

La mentalidad "recicladora" crea un ambiente social que fomenta una adolescencia profesional y moral perpetua. No es irrelevante la tendencia actual de gentes de todas las edades a vestir y a comportarse como adolescentes.

La conciencia de lo efímero del conocimiento adaptativo, que exige el ciclo productivo, crea el síndrome de la preparación incesante. Cuanto más entrenamiento especializado haya recibido una persona, más requerirá de nuevos conocimientos y reentrenamientos. La tendencia a acumular "masters" y "cursos para directivos" forma parte de la nueva cultura. En el fondo, nadie sabe nada. Pero no se trata de la ignorancia fruto del asombro del sabio, sino de la ignorancia crasa que se esconde bajo el muy poco tupido velo del prestigio del dinero.

Pero, como una némesis vengadora, cuanto más se esfuerzan las universidades por ajustarse a las exigencias de lo productivo, más se generaliza la idea de que las universidades no enseñan nada útil.

¿Existe el empresario?

Abandonemos el importante tema de la creación de empleo y dirijamos ahora nuestra atención a otro aspecto clave de la supuesta responsabilidad social de la empresa. La pregunta es la siguiente: ¿realmente existe el empresario?.

Desde luego la respuesta no parece fácil. Pero si se examinan algunos datos referidos a las grandes empresas americanas, las conclusiones no dejan de ser inquietantes.

En 1992, en América los fondos de pensiones controlaban la mitad del capital accionario de los más grandes negocios del país, y casi otro tanto de la deuda fija de esas mismas compañías.

Peter Drucker¹, extrae la asombrosa consecuencia que si por socialismo, como hace Marx, se entiende que los empleados son los propietarios de los medios de producción, entonces América se ha convertido en el país más socia-

lista, al tiempo que continúa siendo el más capitalista.

Conclusión que, como luego veremos, tiene más hondura que la que en apariencia Drucker le atribuye, pero que no es ahora el momento de examinar.

Esto plantea nuevos interrogantes sobre cual sea el sentido de la propiedad y quienes son las personas que gobiernan realmente este tipo de grandes empresas, que son ciertamente, hoy día, las más importantes y decisivas en la marcha del proceso de innovación y competencia.

No me refiero al tipo de planteamientos que hicieran Bearle y Means² sobre la supuesta separación entre propiedad y control de las grandes empresas, que a mi entender no tiene especial relevancia, ya que surge precisamente de no haber caído en la cuenta de que se enfrentan con un proceso de desaparición de la propiedad.

Lo que en mi opinión debe destacarse es precisamente la progresiva socialización y despersonalización de la función empresarial, que es lo que me ha llevado a formular ese interrogante sobre la existencia del empresario.

No sólo las grandes corporaciones, sino los mismos fondos de pensiones que las controlan,

están gobernados y administrados por un ejército anónimo de empleados asalariados: “managers”, analistas de inversiones y gestores de carteras, que sólo se preocupan por adaptarse a la rentabilidad de ese proceso impersonal que gobierna todo el sistema.

Las mismas funciones de los “manager” se convierten en algo genérico aplicable a todo tipo de organizaciones, cualquiera que sea su misión específica.

El conocimiento que se le exige al “manager” es cada vez más irrelevante desde el punto de vista social. Sólo se le exige adaptarse lo más rápidamente posible a las condiciones cambiantes del mercado o la competencia.

La absolutización de la competencia lleva a la trivialización del conocimiento del “manager”. Se parte de la idea de que las certezas de hoy son los absurdos del mañana. Así, la misión del manager es explotar la oportunidad de lo inmediato. Lo cual le exige renunciar al sentido de lo permanente e inmutable.

Esta de moda, en la literatura dirigida a los “managers”, expresiones tan confusas como “aprender a aprender”, mantenerse “al día”,

estar en la “cresta de la ola”, “ser creativo”, etc, etc.

Lenguaje que representa otra forma de flexibilidad o desprecio de lo aprendido, que por ser efímero queda obsoleto enseguida. Esa negación de la permanencia del conocimiento empresarial vendría a confirmar la idea de que el “manager” no es más que una función inteligente de adaptación al entorno.

La misma organización empresarial se convierte en puro instrumento al servicio del rendimiento y la ganancia, y como tal, su rendimiento es mayor cuanto más específica es su tarea. Pero, como al mismo tiempo, la competencia exige flexibilidad, la organización se convierte en rémora.

El mismo Drucker³, que había definido la empresa como “centro de beneficios” se ve obligado a afirmar que dentro de una empresa solamente hay costes. La empresa como organización pasa a ser definida negativamente, vendría a ser lo mínimo requerido para obtener rendimiento. Lo ideal sería la generación de beneficios sin costos, sin empresa.

Las empresas se convierten así en lo que he llamado “ventanas de rendimiento”, agujeros de mayor o menor duración temporal que per-

miten extraer ganancias del único y subyacente proceso productivo.

Se podría afirmar que las empresas capitalistas, gobernadas por la compulsividad de la competencia, son agentes amorales, que no están realmente gobernadas por nadie, ya que los “managers” sólo se limitan a mantener el rendimiento.

Desde mi punto de vista, creo que ésta es la postura de autores como T Levitt⁴ y M Friedman cuando afirman que la única responsabilidad social de la empresa, si se le puede llamar responsabilidad a ese tipo de conducta, es mantener o incrementar su rentabilidad económica.

Ambos autores están afirmando lo mismo que Drucker. Es decir, que el aspecto organizativo de las empresas es puramente circunstancial: un coste destinado a ser reducido, y que la misión del manager es lograr que bajo la presión de la competencia esto sea efectivo bajo cualquier circunstancia. Es decir, la empresa no es gobernada por nadie, lo cual implicaría responsabilidad social, sino más bien disciplinada por una mano invisible, la competencia, cuyos ministros son los propios “managers” de la empresa.

El tipo de problemas como los planteados por Bearle y Means, pone de manifiesto que la empresa esta destinada a la satisfacción de una motivación individual de enriquecimiento, de tal modo que el verdadero empresario es precisamente ese individuo final que reclama un derecho de apropiación sobre una parte de la riqueza generada por la empresa.

Al empresario real, al individuo, no le interesa la empresa en cuanto organización concreta, ni su propiedad -entendida en el sentido clásico-, ni mucho menos su control, sino sólo en cuanto instrumento de diseño circunstancial y fungible que le permite acceder al incremento de la propia riqueza. La riqueza autogenerada es el nuevo concepto de propiedad, que no tiende tanto al control de una empresa concreta, sino más bien a la creciente participación en el proceso de generación de riqueza.

Modelos teóricos y legales de la empresa.

Al contrario de lo que podría esperarse, supuesta la importancia de la empresa en la economía capitalista, las teorías económicas de la empresa son de lo más tosco y rudimentario.

Los modelos neoclásicos, que se corresponden con la teoría económica ortodoxa, consideran la empresa como una elección productiva que puede realizar un simple individuo. Por supuesto no ignora que detrás de la empresa puede existir una estructura productiva, pero sostiene que la conducta de los agentes integrados en esa estructura se explica con el mismo modelo teórico del mercado.

Se trata de un proceso racional de elección entre posibles relaciones insumo producto, ajustadas a un conjunto de tecnologías disponibles, que a partir de unos precios de bienes y factores determinados exógenamente por el mercado, se guía por un criterio de minimización de costes.

Los modelos neoclásicos son absolutamente coherentes con los principios fundamentales del capitalismo: individualismo radical de los agentes económicos, y armonización de intereses individuales a través del mercado.

Los modelos de empresa que se apartan de estos principios consideran que los aspectos organizativos de la empresa tienen características propias que no son reducibles a la simple lógica del mercado.

Siguiendo a Samuel Bowles⁵, se pueden clasificar en dos grandes grupos. Las llamadas

teorías neohobbesianas, que de un modo u otro siguen el planteamiento básico de Ronald Coase, y las llamadas teorías marxistas .

Los neo-hobbesianos insisten en que los neoclásicos tendrían toda la razón, si todas las interacciones económicas tuviesen naturaleza de intercambios de mercado, pero, como es innegable que en la empresa hay relaciones de jerarquía y disciplina, se hace necesario un modelo diferente al de mercado para explicar las conductas que regulan la organización de las relaciones productivas.

Como este enfoque, al igual que el neoclásico, se mantiene en la tradición utilitaria, al tratar de entender la empresa como jerarquía, se ve abocada a replantearse el problema hobbesiano de como reconciliar los intereses individuales con una racionalidad colectiva.

Esta misma limitación lleva a la solución ecléctica de interpretar la empresa como una isla de jerarquía rodeada de un mar de individualidad.

Surge así una tensión difícilmente sostenible entre un planteamiento jerárquico y finalista y un individualismo radical que conduce a situaciones tan insolubles como el famoso problema del "free rider" que es la auténtica piedra de escándalo de todos estos modelos.

Ningún neo-hobbesiano quiere extremar las consecuencias del planteamiento, pues, o bien conduce a una crítica de las bases antropológicas del capitalismo, o bien conduce a cualquiera de las dos únicas pero inadmisibles soluciones al problema del “free rider”: el Leviatán de Hobbes o el Panopticón de Bentham.

Los modelos marxistas de empresa, también en el marco utilitario, siguen enfrentándose con el problema hobbesiano pero lo resuelven en clave de explotación y lucha de clases.

Para estos modelos, la prosecución competitiva del beneficio requiere que el proceso de producción se organice de tal modo que haya un control sobre la fuerza laboral. No son los imperativos de eficiencia tecnológica, ni las preferencias de los consumidores u obreros, las que organizan la producción, sino los intereses de clase.

En resumen; los modelos examinados ponen de manifiesto que o bien se acepta el núcleo del esquema capitalista y la empresa es una entequeia, como hace la teoría económica ortodoxa, o bien hay que replantearse los mismos fundamentos antropológicos del sistema capitalista. Cualquier solución intermedia, sea la neohobbesiana o la marxista, no hace más que poner de manifiesto las contradicciones del modelo capitalista de empresa.

En cualquier caso, la existencia del problema conceptual de la empresa capitalista, consistente en la difícil armonización entre el interés individualista y la organización jerárquica, no deja de manifestarse de uno u otro modo.

Para los que trabajamos en las llamadas Facultades de Ciencias Económicas y Empresariales, y para muchos de nuestros estudiantes, no deja de causarnos perplejidad las evidentes contradicciones e incoherencias entre la teoría económica ortodoxa y las teorías de la organización empresarial.

Aún cuando los modelos teóricos de empresa son ciertamente importantes, ya que reflejan los rasgos esenciales de una cultura de enriquecimiento, previa a esa reflexión. Los modelos legales de empresa, en cuanto configuran la legalidad que da carta de naturaleza pública a esa cultura, son lo que verdaderamente revelan la naturaleza de la empresa capitalista.

Es muy significativo que la empresa capitalista requiere como condición jurídica previa el establecimiento de un marco legal que crea un espacio de libertad de empresa, o mejor dicho de libertad de mercado.

Como decía Max Weber, el capitalismo, en cuanto máquina social de generar riqueza,

necesita un derecho que racionalice las conductas. Una ley general, bien definida, escrita y publicada, codificada, que proporcione previsibilidad de conductas.

Este marco jurídico conlleva la despolitización y consiguiente privatización de la actividad económica. Suprimir las barreras que impiden la manifestación de las supuestas leyes naturales de la economía que se siguen de la búsqueda individual del interés privado.

Se alcanza así lo que temía Montesquieu⁶, "que las riquezas privadas alcancen fuerza de riqueza pública". Lo acordado en el ámbito del mercado es, por esa misma razón, justo y eficiente. Se viene a afirmar así la voluntad real o presunta del individuo como fuente de derecho.

Privatización de la economía que tiende a la máxima descentralización de las decisiones. Aparece así un ideal de organización social, la sociedad civil, que en cuanto reflejo del mercado, aparece desgajado de lo político.

En la sociedad civil, los individuos quedan como investidos de una potestad instrumental, el poder de libre creación jurídica, que se corresponde con la libertad para perseguir el interés económico privado.

Esta potestad, cuya manifestación principal es la libertad de iniciativa contractual, constituye la pieza básica del ordenamiento capitalista del Estado de Derecho. En otras palabras, "autonomía de la voluntad" que confirma la separación entre lo económico y lo político.

Libertad individual para configurar el contenido del contrato, o para construir las relaciones jurídicas como mejor convenga a los individuos, que produce una identificación del principio de justicia contractual con el de libertad contractual, "volenti fit non injuria".

El clásico aforismo "pacta sunt servanda" se convierte en la versión jurídica de la decisión racional del mercado -presupuesto de la armonía social- en el sentido de que lo pactado tiene fuerza de ley entre las partes. Pero, al no quedar muy claro la fuerza

obligatoria de esa ley, deberá ser al Estado, con su aparato coactivo, quien respalde este nuevo sentido.

El Derecho se subordina a la Economía. Lo público se somete a lo privado. Lo que autónomamente se decide en el ámbito de la economía recibe la sanción del derecho. Quedando a salvo, claro está, las restricciones provenientes del "orden público" y las "buenas costumbres"; sólo que estos viejos conceptos

también deben ahora ser entendidos de una nueva manera.

Al igual que el modelo neoclásico de empresa sostiene que basta con la conducta de mercado para explicar la estructura de la empresa, el nuevo orden legal capitalista sostiene que basta con la libertad de contratación o autonomía de la voluntad individual para explicar la realidad de la empresa. La empresa capitalista nace como expresión concreta de la privatización de la propiedad que da lugar a la economía.

Es muy esclarecedor que cuando se planteó el problema de dar configuración jurídica a la moderna gran empresa capitalista, se recurriese al concepto de persona jurídica.

De este modo se oculta en la privacidad de un individuo, los aspectos naturalmente públicos que conllevan la constitución de una sociedad. Podría afirmarse que el artificio de la personalización de la gran empresa es una variante de la arquetípica solución que Hobbes dio al problema de la construcción de una sociedad, y que precisamente consistía en la construcción de un "hombre artificial".

La sociedad como empresa.

Llegados a esta altura de la exposición no cabe duda que algo sucede con la naturaleza de la empresa capitalista. No se puede evitar la sensación de que su naturaleza privada se corresponde con una real privación, que hay algo que le ha sido sustraído, algo que la deforma, y la obliga a manifestarse de un modo que no es el propio de una comunidad humana.

La raíz de esta deformidad esta conectada con la solución que los economistas, a partir de los fundamentos establecidos por Locke y Smith, han tratado de dar, en los últimos doscientos años, al insoluble problema de construir un orden social sobre bases puramente utilitarias.

De una forma muy abreviada podríamos decir que el capitalismo nace en el momento en que el hipotético axioma que Locke se vio obligado a introducir para salvar la aporía de Hobbes, y que Elie Hâlévy⁷ ha llamado "armonía natural de intereses", es configurado por Smith como un automatismo construido sobre tres elementos básicos: acumulación privada de riqueza, el mercado como proceso, y racionalización del proceso productivo.

El éxito de este diseño consiste en haber desatado un proceso de generación social de riqueza que, aparentemente gobernado por el interés privado, tiende naturalmente a mejorar la condición humana.

Se produce así una privatización global y forzada consistente en el predominio del interés privado sobre lo público, o para expresarlo con más precisión, lo público se constituye como la resultante de una supuesta convergencia de intereses privados.

Con el resultado adicional de que tanto el concepto de lo privado como el de lo público quedan también alterados.

Esta fusión de lo público en lo privado genera un nuevo espacio interhumano: la sociedad, donde las relaciones entre los hombres quedan subordinadas a las relaciones de los hombres con las cosas.

La sociedad se configura como el hábitat natural donde se desarrolla la actividad económica capitalista. Actividad económica constituida como una megamáquina o proceso impersonal y autorregulado de creación de riqueza, cuyo finalidad es la transformación de esa misma sociedad. Se establece así un diseño cibernético global alrededor de una conti-

nuada retroalimentación o “feed back” entre economía y sociedad

La empresa capitalista ocupa un lugar central en este diseño cibernético. Aparece como la unidad básica de proceso, el lugar donde se anudan los tres vectores fundamentales del sistema: riqueza, competencia, y racionalidad. Pero, quede bien claro, la empresa capitalista, no tiene existencia propia separada de este proceso global.

La centralidad de la empresa en el sistema, es una idea compartida desde Malthus a Marshall, pasando por Marx, pero no en cuanto organización, sino en cuanto función. Lo que realmente configura la empresa es la adaptabilidad del proceso de decisión interna a las condiciones exógenas determinadas por el resto de la totalidad del sistema.

Reducir la empresa capitalista a un individuo, el empresario, no sólo no afecta al esquema del capitalismo, sino que de algún modo lo lleva a su ideal. No se olvide que el capitalismo no es más que un individualismo justificado por una pretendida obtención de felicidad pública. Incluso en los modelos teóricos de mercado el ideal de competencia es un atomismo de intercambios o multitud de individuos equipotentes coordinados por unos precios formados exógenamente.

Como una consecuencia imprevista del sistema, las empresas no han tendido a individualizarse, sino más bien, a codependar fuertemente, o a crecer considerablemente, y de modo especial, y muy significativamente, en el ámbito financiero y de la distribución. De este modo las grandes empresas tienden, como dice Alfred Chandler⁸, a manifestarse como la “mano visible” del sistema. Con el agravante de que es precisamente en esos dos ámbitos, el financiero y el de la distribución, donde teóricamente se forja la estructura de la competencia.

Que las empresas capitalistas se agranden o se reduzcan, nazcan o mueran, es algo irrelevante. La empresa capitalista es siempre algo transitorio y provisional, una pura ocasión de beneficio individual, cuya permanencia está en función de su aorte al proceso social de creación de riqueza. Es precisamente esta irrelevancia de la existencia de la empresa como corporación concreta la que mantiene en marcha al sistema. Por supuesto que la empresa debe luchar por su permanencia, pero la decisión sobre su permanencia, le corresponde no a la voluntad de las personas que se integran en ella, sino que será consecuencia imprevisible de “autocinesis” del proceso económico.

En realidad el capitalismo ha evolucionado hacia una única empresa: la sociedad, que no tiene como objetivo permanecer, sino más bien crecer o “progresar”. El terror de nuestra sociedad no es la ausencia de riqueza, sino el estancamiento o debilitamiento en el ritmo de su creación.

Al contrario de lo que afirma Daniel Bell, no estamos en una sociedad postindustrial, sino más bien en una producción postsocial.

El impresionante aparato cibernético diseñado por el capitalismo crea la falsa, pero tremenda impresión de que no tiene alternativa. Parece que efectivamente se ha alcanzado un final de la Historia: un inevitable resultado del devenir de una racionalidad práctica.

Se extiende la desoladora creencia de que sólo el capitalismo aporta soluciones, aunque más bien niega la existencia de problemas y conflictos, insistiendo en que si cada uno se encierra en su privacidad, todo acabará por arreglarse. Se niega la necesidad de la política y la ética, del recurso a la conversación y la búsqueda de lo excelente, propio de la vida pública, para centrarse en la rutina de lo privado.

El capitalismo se configura además como una postura totalitaria que no deja alternativa. La conducta empresarial capitalista esta asegurada y reforzada por la compulsividad de la competencia. A medida que la competencia se extiende y globaliza, apartarse de esa racionalidad implica la inviabilidad de cualquier otro proyecto que no se ajuste a su lógica interna.

Esta supuesta inevitabilidad del proceso productivo, o tendencia unidireccional de la megamáquina económica, ha generado una especie de "mente colectiva" que en el plano teórico se plasma en las llamadas ciencias del "management". Ciencias, todas ellas más o menos abiertamente encaminadas a la predictibilidad de los resultados, o si se quiere, a reforzar la compulsividad de las conductas empresariales.

Se podría objetar que eso mismo ocurre con la medicina. Para curar, finalidad de la medicina, todos los médicos deben practicar la misma medicina, y por tanto cabría acusar a la medicina de la misma compulsividad. Objeción ciertamente débil ya que mientras el médico se atiene a la totalidad de un organismo vivo, que tiene su propia legalidad natural, el "manager" sólo sabe que debe mantener una

función de rendimiento cuyos efectos globales desconoce.

El "manager" no tiene más libertad que la correspondiente a la unidad de cálculo binario: racionalidad-no-racionalidad, en que se podría descomponer todo el impresionante aparato procesal de la máquina capitalista de crear riqueza.

Esa "mentalidad colectiva" razona exclusivamente en términos algorítmicos, y cuando algún problema, como es el caso de la mayoría de los conflictos humanos, no se puede reducir a ese lenguaje tan extremadamente formalizado, la única alternativa posible es reducirlo a un problema de comunicación entre los componentes discretos de un gran sistema cibernético-social. Plantear la "flexibilidad" como solución a estos problemas no es más que suprimir todo aquello que impide la formalización algorítmica

Esta idea de flexibilidad, o algoritmización de las relaciones humanas, es la responsable del desprecio o eliminación de los elementos culturales diferenciadores de los pueblos, que en nombre de una lógica de la eficacia deben ser suprimidos para convertir al planeta en un gran mercado único.

No deja de ser significativo que en 1832 Charles Babbage, uno de los personajes claves en el nacimiento de la informática, escribiese una obra titulada "On the Economy of Machinery and Manufacturers" cuya lectura resulta ahora muy sugerente para entender la "autocinesis" interna del capitalismo.

Babbage no sólo comprendió con agudeza la interrelación entre competencia, división de trabajo y acumulación de riqueza, sino que intuyó que esa interrelación es el núcleo de la lógica que subyace en la megamáquina capitalista.

Sus diseños para la construcción de una máquina analítica, lo que hoy llamaríamos un ordenador, reflejan todas las características del esquema capitalista. Es decir, descentralización de unidades de decisión, procesalidad o cálculo algorítmico a partir de información objetiva, información de control sobre el proceso, y sobre todo el uso de la racionalidad tecnológica como articulación del proceso.

La metáfora del computador sirve para poner de manifiesto el uso interesado y parcial que el capitalismo hace de la tecnología. Ha creado la tan extendida como falsa idea popular de que sólo la búsqueda privada de riqueza garantiza la introducción de la mejora tecnológica. Hasta el punto que mejora tecno-

lógica y ganancia de dinero son considerados sinónimos.

Ni la búsqueda de la riqueza ni la competencia son una necesidad natural, sino algo culturalmente concebido. En rigor todas las necesidades humanas son elaboraciones culturales, ya que, entre otras cosas, sólo conocemos aquellas necesidades que percibimos y somos capaces de expresar como tales.

El desarrollo de la tecnología es más consecuencia de lo superfluo, que de lo estrictamente necesario. La imaginación de una mejor vida es mucho más fértil que la estéril lucha por la subsistencia.

Por eso la vida comunitaria o pública es esencialmente no técnica, sin que ello quiera decir que impida o limite el progreso técnico, sino todo lo contrario, lo hace surgir como una consecuencia instrumental de la cultura que nutre esa vida pública. Pero, en ningún caso, lo convierte en un fin en sí mismo como pretende el capitalismo.

El miedo a la tecnología y a la ciencia surge radicalmente unido al capitalismo. Los gigantes atascos de circulación de las ciudades modernas son la representación más viva de la indefensión de la comunidad frente a una tec-

nología capitalista desgobernada por el interés privado.

Propugnar la superación de la empresa capitalista en ningún sentido significa renunciar a la “mejora tecnológica”, aunque quizás sí represente renunciar al “progreso tecnológico”. Expresando así que la mejora implica elección y sometimiento de lo técnico, mientras que el progreso implica sometimiento a lo tecnológico, y tiranía de la acumulación de riqueza.

La raíz del problema.

Cuando se pretende buscar la raíz de los problemas de la empresa capitalista, se descubre más o menos pronto, que todo arranca de una concepción errónea del trabajo y la propiedad.

La filosofía individualista del capitalismo, al negar carácter comunal al trabajo, se ha visto forzada a considerarlo como algo puramente corporal y físico. Un esfuerzo cuasi animal. Fuerza bruta -violencia- que en cuanto tal no necesita de palabra.

En castellano no tenemos esa interesante distinción que existe en la lengua inglesa entre “labor” and “work”, que ya utilizara Locke

para exponer su teoría de la propiedad. Mientras la primera expresa la idea del trabajo corporal, la segunda expresa la idea de trabajo de la mano y la mente. Pues bien, para la economía política clásica, el trabajo siempre ha sido “labor”.

Esta ruptura trabajo-palabra, o enmudecimiento del esfuerzo humano, que conlleva el término “labor”, no presenta solución de continuidad con la idea clásica del trabajo. Para los clásicos, como para los capitalistas, el trabajo humano es “labor”, fuerza bruta sin palabra, que por eso mismo pertenece al ámbito de lo privado.

La exclusión del esclavo de la vida pública era justificada por su ausencia de palabra. Su actividad -labor- no requería de la palabra ya que estaba gobernada por la tiranía de la necesidad.

La empresa capitalista, sometida artificialmente al ámbito de necesidad, también queda excluida de la vida pública. Todos los agentes-obreros y “managers”- que trabajan en la empresa capitalista son “labor”: no tienen opiniones, ni juicios que hacer. En el seno de la empresa capitalista, el imperio de la necesidad exige que sólo haya cálculos de eficiencia.

Resulta muy significativo la apelación de los obreros de empresas en crisis a los magistrados públicos. Es natural esa apelación; lo que no es natural es precisamente esa ruptura entre lo público y lo privado.

El capitalismo, a pesar de haber descubierto la división del trabajo como principio organizativo de la sociedad, lo cual pone de manifiesto que es algo propio de la esfera pública, no obstante, se vio obligado, por motivos ideológicos, a considerarlo como "labor", aplastándolo bajo la privacidad del interés individual.

A partir de la misma concepción del trabajo-labor, los clásicos y los capitalistas llegaron a soluciones políticas diferentes. Los clásicos excluyeron de la vida pública a los esclavos, al tiempo que los hombres liberados de las necesidades cotidianas, se dedicaban exclusivamente a la vida pública. Pero, quedando la actividad económica subordinada a la vida pública. Los capitalistas han tendido a superar esta división entre los hombres, pero han establecido funciones sociales diferentes: la económica, radicalmente privada, y la política o pública. Teóricamente estas funciones corresponderían a las mismas personas. Pero, quedando ahora la función política sometida a la económica.

La persona que trabaja en la empresa capitalista sabe que su tarea cotidiana está cerrada a la vida pública, que allí su tarea está gobernada por la eficacia. A cambio se le dice que puede participar en el gobierno; pero, a la hora de la verdad, las exigencias de la racionalidad económica, reducen esa participación a votar de vez en cuando. El silencio resultante es estremecedor.

Creo oportuno citar aquí unas palabras de John Adams que se podrían aplicar muy bien a la situación de muchos de estos nuevos obreros de "usar y tirar" que hemos descrito más atrás. "La conciencia del pobre es limpia; sin embargo se siente avergonzado... Se siente apartado de los demás, andando a tientas en la oscuridad. La humanidad no se ocupa de él. Callejea y vagabundea sin que nadie se ocupe de él. En medio de la multitud, en la iglesia o en el mercado... se encuentra tan a oscuras como en una cueva o en un desván. No le censuran ni reprueban sus actos; lo que ocurre es que nadie repara en él....Ser totalmente ignorado y saberlo es intolerable⁹." Es más duro ser ignorado que experimentar la indigencia del desempleo o la precariedad.

Thomas Jefferson tomó conciencia de este problema y luchó sin éxito contra la inevitable

tendencia del estado capitalista a convertirse en administración centralizada y burocratizada. Su ideal era la creación de “pequeñas repúblicas” donde cada hombre pudiera ser un miembro activo del Gobierno común.

La razón de este fracaso está en la privatización o despolitización de la vida económica, que se sigue del concepto individualista del trabajo-labor.

Es necesario restablecer el concepto genuino de una plenitud de la acción humana, donde el trabajo y la palabra son manifestaciones complementarias del ser humano.

La acción es la sola facultad humana que exige comunidad. A diferencia de la fuerza que es atributo y propiedad de cada hombre en su aislamiento, el poder, como conjunción trabajo-diálogo, sólo aparece allí donde hay el propósito de realizar algo en común. Sólo el poder colectivo de la acción permiten mantener la comunidad que lo alberga.

La acción es el único atributo humano que requiere del espacio secular interhumano, donde el mutuo servicio genera relaciones personales estables de fidelidad y confianza.

Este trabajo-diálogo tiene una clara dimensión pública, algo relacional que requiere la presencia de otro. Trabajo y comu-

nidad se crean conjuntamente, de tal modo que no existe trabajo hasta que es acogido y respondido por alguien. Una comunidad donde la oferta y la demanda son expresiones de un trabajo-diálogo que se corresponden. Se crea así una estabilidad y definición de los intercambios que no existe en el capitalismo. La empresa es una comunidad basada en el trabajo-diálogo y en el remedio de la mutua necesidad, que no está desequilibrada por la implacable necesidad de generar un excedente.

El mandato divino de dominar la tierra está dado a toda la humanidad porque sólo a través de la articulación de comunidades que se consigue mediante el trabajo-diálogo, es posible hacer efectivo ese mandato que es al mismo tiempo finalidad humana.

El concepto de propiedad que se corresponde con el trabajo-diálogo aparece como el reconocimiento de la permanencia, que mediante el diálogo, la comunidad concede al lugar donde de cada persona contribuye al mantenimiento de la comunidad. Es entonces la propiedad y no la ley la que garantiza la libertad.

La donación divina de todos los bienes ha sido realizada colectivamente a la humanidad,

para que mediante la propiedad, todos y cada uno tenga acceso efectivo a esa donación.

Sólo el trabajo-diálogo que constituye la esencia de toda comunidad humana puede acoger y responder a la inmensidad de esa donación.

Comunalidad de la propiedad que tiene una textura personalista, de tal modo que cuanto más personal es la propiedad más es su dimensión comunal y viceversa.

En el capitalismo, por contraste, el trabajo-labor es una fuerza muda y aislada que no se dirige hacia nadie, que proyectada hacía fuera del individuo no espera respuesta. No es creación de la comunidad sino atributo del individuo. Se parte del supuesto falso de que el obrero aporta su trabajo-labor, como algo propio y objetivo, una mercancía que le pertenece. No necesita de la comunidad, sino del mercado, una abstracción sin límites precisos donde una oferta movida por el incesante afán de lucro trata de conseguir cotas crecientes de una demanda desconocida y difusa. La empresa capitalista tampoco necesita de la comunidad, ni por tanto del trabajodálogo, sino que se convierte en un diseño desequilibrado de logro de excedente mediante la conquista de mercado.

La idea de propiedad capitalista que surge del trabajo-labor aparece como una emanación cuasi fisiológica de la corporalidad individualizadora.

La propiedad deja de ser un lugar de participación en la comunidad para transformarse en proceso de apropiación, en acumulación de bienes.

Confusión de propiedad y riqueza, dos realidades muy diferentes, que implica la desaparición de la propiedad. En las modernas sociedades desarrolladas, -como señala Hannah Arendt¹⁰- lo que el público entiende por propiedad consiste en realidad en el derecho a participar en la riqueza socialmente generada.

La propiedad entendida como acumulación social de riquezas genera a la larga la destrucción del mismo concepto de privada que se le suele añadir a la propiedad capitalista, ya que el sentido de lo privado no hace más que obstaculizar el desarrollo de la "productividad" social. El muy deformado concepto de lo privado que todavía subsistía en el capitalismo ha de inclinarse cada vez más ante el proceso siempre creciente de la riqueza social, que es la verdadera esencia del diseño capitalista.

Fundamentar la propiedad sobre el trabajo-labor, conlleva la pérdida de la justificación comunitaria de la propiedad y, en consecuencia, de su estabilidad y permanencia. Por eso los primeros teóricos del capitalismo, sin excepción alguna, más o menos conscientes de esa deficiencia, se apresuraron a afirmar que la primera función del Estado era proteger o amparar esta peculiar concepción de la propiedad individual o privada. Es la ley y no la propiedad la que protege la libertad.

No deja de ser significativo, como señala L. Arechederra **11**, que sea precisamente con el advenimiento del capitalismo, cuando se comience hablar de la función social de la propiedad, "una apelación externa para legitimar una propiedad que, en la conciencia de los hombres, ha perdido su capacidad configuradora del orden social".

El verdadero fundamento de la propiedad privada capitalista es la fuerza coactiva del Estado; lo cual no deja de ser paradójico. El Estado fuerte nace con la propiedad privada, con lo que llamaríamos concepción fuerte o individualista de la propiedad.

El núcleo de la función del Estado se convierte en defender el interés privado. El Estado capitalista, nueva expresión de lo público, se aparta de la comunidad para constituirse en el

arbitro común nombrado por los propietarios para protegerse mutuamente en su pugna por aumentar la propia riqueza. El Estado refleja lo único que tiene en común la república capitalista: los propios intereses.

La riqueza, tras invadir la esfera de lo público, ha crecido de tal manera que ha desbordado el frágil recipiente de la propiedad privada. Es como si lo público tomase venganza de quienes lo aplastaron convirtiéndolo en instrumento de sus intereses privados.

No cabe mayor confusión y solapamiento entre lo público y lo privado. Se explica perfectamente esa compleja relación necesidad-adversión que los capitalistas mantienen frente a esa criatura suya que es el Estado protector de la apropiación, y que cada vez más degenera en mutua corrupción.

Como muy bien ha señalado Hannah Arendt, que la política no es más que una función de la sociedad, que acción, discurso y pensamiento son fundamentalmente superestructuras relativas al interés privado, no es un descubrimiento de Karl Marx, sino que, por el contrario, es uno de los supuestos que dicho autor tomó de los economistas políticos.

CONCLUSION.

La empresa capitalista es el paradigma de la concepción individualista del trabajo y la propiedad. No surge de la plenitud de la acción humana, sino como una implicación lógica de la noción de individuo autosuficiente. Esto, como hemos visto, plantea más problemas que soluciones.

Pero la aporía de la empresa capitalista, lo que más directamente manifiesta es la dificultad de la ideología capitalista para dar una imagen satisfactoria de la plenitud de la acción humana.

La posibilidad de una reacción social frente al capitalismo es, como señala Vaclav Havel **12**, muy difícil, ya que la búsqueda del propio interés, crea una impresión de libertad que oculta la gravedad de la crisis, a la par que la agrava. Se fomenta así una anomia colectiva que se deja arrastrar por esa faceta verdaderamente narcotizante de la "autocinesis" capitalista que es el consumismo. En el capitalismo "la manipulación del individuo es infinitamente más sutil y refinada que la brutal del sistema posttotalitario".

"El omnipresente "diktat" del consumo, de la producción, de la publicidad, del comercio, de la cultura consumista y todo ese diluvio de

información, todo esto -tantas veces analizado y descrito difícilmente puede ser considerado como la vía futura que llevará al individuo a reencontrarse a sí mismo".

Soljenitsin en su famosa conferencia de Harvard decía: "Aquí el individuo goza de libertades y garantías personales desconocidas para nosotros, pero en resumidas cuentas estas libertades y estas garantías no le sirven de nada: él es sólo una víctima de la "autocinesis", incapaz de mantener su identidad y de defender su interioridad, de superar la angustia de la preocupación por la supervivencia, para convertirse en un miembro orgulloso de la "polis" que participa realmente en la creación de su destino".

Esta aparente falta de alternativa inmediata al sistema capitalista, tiene un aspecto positivo: la atención se dirige casi inevitablemente hacia lo más esencial: hacia la crisis de los valores culturales que dieron lugar al capitalismo.

Ante esta situación, lo más acertado es quitar importancia a las aparentes soluciones que propugnan un cambio de sistema. Se trata precisamente de renunciar al mecanicismo de los sistemas, e insistir en la importancia de devolver a cada hombre la responsabilidad sobre los demás.

Es poco sensato y estéril insistir tozudamente en la búsqueda de fórmulas automáticas y definitivamente superadoras de la noble e incesante lucha por mejor la vida humana.

Naturalmente que siempre será necesario algún tipo de organización de la comunidad política. Pero, para que esa organización esté al servicio del hombre, y no al revés, hay que comenzar por abrir un espacio de verdadera vida pública. Hay que resistirse a la absurda idea de que algo tan rico y creador como es la vida en común, se reduzca a la aplicación más o menos automática de lo que un sólo individuo, o una sola racionalidad, que pretende conocer "la solución" o el sistema ideal, ha diseñado sin contar con los demás.

Ante la crisis con la que nos enfrentamos proclamar la revolución -el cambio de sistema- sería la menos radical de las posibles soluciones. Las raíces del problema van más allá de una revolución o cambio de modelo social.

No es urgente ni primario un "engarce técnico", es decir, el recurso a cambios de modelo, sino una verdadera "revolución existencial". Se requiere volver a tomar la palabra entre nuestras manos, buscar el sentido y la plenitud del trabajo, iniciar un vivo diálogo, de tal modo que esa nueva experiencia de ser,

genere una renovada relación interior con el prójimo y la comunidad humana. Sólo a partir de aquí se puede iniciar una reconstrucción moral y finalmente política que nos libere de la "autocinesis" global de la cultura capitalista.

Sólo así surgirán las nuevas empresas post-capitalistas que no serán un diseño rígido sino el fruto fecundo de un vivo diálogo, incesantemente alimentado por la búsqueda en común del significado de la acción humana.

NOTA BIOGRAFICA

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría es Catedrático de Estadística Económica y Profesor Ordinario de Economía en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Navarra.

Es Miembro Fundador de la European Economic Association y académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras de Barcelona. También es profesor invitado de la Universidad Católica de Buenos Aires. Durante el Curso 92 - 93 fue nombrado Visiting Scholar in Economics en Harvard University.

1 Post Capitalist Society. Harper Row. New York 1993

2 The Modern Corporation and Private Property. The MacMillan Company. New York 1932

3 ob. cit.

4 The Dangers of Social Responsibility. Harvard Business Review. n36. 1958

5 The Production Process in a Competitive Economy: Walrasian, neo Hobbesian, and Marxians Models. En "The Economic Nature of the Firm. A reader". Editado por Louis Putterman. Cambridge University Press. Cambridge. 1986.

6 Del Espíritu de las Leyes. Trad. Española Madrid 1820 20.10.III. p14

7 The Growth of Philosophical Radicalism. Beacon Press. Boston. 1955

8 The Visible Hand. Harvard University Press. Cambridge 1977.

9 Discourses on Davila, Works, Boston 1851. vol VI pp 267 y 279

10 The Human Condition. Chicago University Press. Chicago 1973.

11 Propiedad y constitución de servidumbre. Dykinson. Madrid. 1993.

12 El poder de los sin poder. Encuentros Madrid. 1990